

NÚMERO ESPECIAL

1996

La terminología en España



Unión Latina
Union Latine
Unione Latina
União Latina
Uniunea Latină



Terminología

competitivo en que se mueven; saben que el cliente elegirá a la empresa que se le dirija en su lengua, que un mailing claro y correcto vende, que un discurso persuasivo convence o que la sociedad es extraordinariamente sensible a la imagen corporativa —incluidos los mensajes verbales— que transmiten.

Ante estas circunstancias, cada día es más corriente que los agentes sociales (empresas, instituciones, profesiones liberales) busquen a un profesional calificado que pueda resolver las necesidades lingüísticas complejas que se presentan de manera puntual o permanente. Es así como surge un nuevo espacio profesional, destinado al lingüista experto que pueda dar respuesta satisfactoria a esta nueva realidad social. Se han acuñado varias denominaciones para designar este concepto (*técnico, asistente o asesor lingüístico* para la profesión; *servicios lingüísticos y gabinete lingüístico* para la actividad y la empresa), pero quizás la que haya tenido más fortuna es la de *mediador lingüístico* (Engel y Picht, 1990; Cabré, 1992), porque tiene fácil equivalente en otras lenguas (*linguistic mediator, médiateur linguistique*), porque transmite la noción fundamental de “intervención” o “intercesión” entre dos partes en cuestiones lingüísticas, y porque la misma palabra se usa en otros contextos (abogacía, comunicación de masas) con valores paralelos. La mediación lingüística aglutina actividades muy variadas, que pueden agruparse según el objeto de trabajo. Las intervenciones sobre una única comunicación oral (interpretación, preparación de guiones) o escrita (redacción, traducción, corrección y edición de documentos) son actos fungibles que actúan sobre una situación irrepetible. En cambio, la intervención sobre el registro (discurso, estilo, léxico) es generalizable y más duradera, ya que pretende elaborar el instrumento lingüístico que se usa en un conjunto homogéneo de comunicaciones. Ésta abarca desde actividades globales como la edición de manuales de estilo —a la manera periodística— o el estudio de la terminología del área especializada, en sus facetas de investigación, normalización y lexicografía, hasta acciones más concretas como la publicación de plantillas o formularios de documentos y la elaboración informática de programas de generación automática de textos.

Otras actividades intervienen sobre la documentación que genera un organismo (creación y gestión de archivos, sistemas de navegación, interfaces informáticas, etc.), sobre la formación lingüística del personal (asesoría lingüística, enseñanza de idiomas, redacción, etc.), desarrollo de sistemas de formación a distancia, centros de autoaprendizaje, etc.) o sobre la actualización tecnológica (con la implantación de nuevas tecnologías como el correo electrónico o el hipertexto). Por otra parte, en comunidades plurilingües, la mediación también incluye las tareas sociolingüísticas relacionadas con los procesos de plani-

ficación lingüística: análisis de datos, elaboración de planes de normalización, animación sociocultural, etc. En conjunto, el *mediador/a* asume actividades tan dispares como traducir un informe de auditoría del inglés al castellano, interpretar una conferencia, editar un pequeño vocabulario con los términos de un campo especializado, diseñar un impreso de solicitud, organizar los archivos informáticos de documentación, corregir cartas comerciales o una memoria, o preparar un comunicado de prensa, un pésame o el discurso del jefe.

No cabe duda de que la mediación lingüística pertenece conceptualmente al ámbito de la lingüística aplicada, aunque en la práctica pueda ubicarse en la intersección entre la filología tradicional, la lingüística, el periodismo o incluso las relaciones públicas. El mediador lingüístico profesional debe tener una formación superior interdisciplinaria, que incluya el dominio activo oral y escrito del idioma propio y varios extranjeros, conocimientos de lingüística teórica (generativa, computacional, análisis del discurso, pragmática) y aplicada (terminología, corrección, traducción, interpretación, redacción, lexicografía), y algunas nociones fundamentales de documentación e informática (nuevas tecnologías). Hasta ahora ninguna especialidad universitaria española ofrece esta formación inicial para un profesional de la lengua del presente y del futuro inmediato (quizás la titulación actual más cercana a este perfil sea la de traducción e interpretación).

Daniel Cassany

Facultad de Traducción e Interpretación
Universitat Pompeu Fabra (Barcelona)



Bibliografía

- Cabré, M. T. (1992) *La terminología. La teoria, els mètodes, les aplicacions*. Barcelona, Empúries.
Engel, G.; Picht, H. (1990) “New professional profiles in knowledge engineering and knowledge transfer”; Czap, H.; Nedobity, W. (ed.) *TKE'90. Terminology and Knowledge Engineering. Supplement. Proceedings. International Congress on Terminology and Knowledge Engineering. Applications*. 2-4 octubre, 2 vols. Frankfurt/M., Indeks Verlag, págs. 47-61.

La formación de formadores en terminología

Resulta obvio que no puede pretenderse en estas líneas más que el esbozo de algunas de las cuestiones fundamentales del tema y no un estudio *in extenso*, tarea que, por otra parte, han realizado ya investigadores de gran

autoridad en la materia, como la propia Profesora Cabré, coordinadora de estos estudios.

Se insiste generalmente en la denominación de “formadores en terminología” y no de “profesores en termino-

logía". Puede haber en ello cierto reflejo de planteamientos formales, como el que se basaría en la inexistencia de un área de conocimiento reconocida oficialmente. Pero tras esa frase pueden esconderse también otras cuestiones de muy distinta naturaleza, como el intento, más o menos, consciente de resaltar los particularismos y las dificultades del objeto de conocimiento a que nos referimos y lo que esto supone para el "formador".

Es un hecho indiscutido que la terminología es de carácter interdisciplinario, es decir, que participa, en mayor o menor medida según los casos, de los saberes propios de distintas disciplinas, como la lingüística, la semiótica, la epistemología, la pragmática, junto con los propios de la ciencia especializada de que se trate, a la vez que se utilizan las técnicas de la ciencia de la documentación y de la informática. Asimismo, como se sabe, la terminología nace por la necesidad práctica de fijar los conceptos y denominaciones específicos de distintos campos del saber y de ahí el carácter eminentemente empírico que tiene inicialmente. Por ello, parece lógico que en la formación del terminólogo intervengan estas dos vertientes: una parte de conocimientos en las materias señaladas y otra parte de adiestramiento en las actividades prácticas correspondientes.

También parece lógico que, al no existir por el momento un área de conocimiento específico y proceder los futuros terminólogos de áreas muy diversas, como la traducción, interpretación, redacción técnica, documentación o cualquiera de las especialidades de la ciencia, su preparación teórica y adiestramiento práctico estarán condicionados tanto por la preparación académica de que haya partido como por su experiencia profesional. Con esto no pretendo indicar que los programas hayan de ser diferentes en cada caso, sino que la diversidad en el punto de partida impondrá los sectores en que se requiera una mayor insistencia en la preparación. Se trata de fijar unos niveles que deban ser comunes independientemente de la formación teórico-práctica anterior.

Por otro lado, habrá que contar también con otros posibles particularismos. Piénsese, por ejemplo, que la finalidad de dicha formación, el contexto en el que se vaya a desarrollar la tarea, o bien la demanda que la sociedad tenga de terminólogos, puede condicionar notablemente el planteamiento teórico-práctico que vaya a darse a un programa. Si este, por ejemplo, se lleva a cabo en el ámbito de bilingüismo, como puede ser el caso de Cataluña o el País Vasco, seguramente obligará a dar primacía a los objetivos propios de una política de normalización lingüística. En cambio, no tendrán las mismas prioridades si esta labor se desarrolla en un contexto unilingüe, o bien en lo que podríamos llamar "falsos contextos" de bilingüismo, es decir, aquellos en los que se habla una lengua de trabajo, diferente de la que se utiliza en la sociedad, como es el inglés en el ámbito empresarial o en el informático. En estos casos la puesta en práctica de una política de normalización terminológica y unos canales de difusión de terminología ágiles y contrastados constituyen necesidades imperiosas, más bien desatendidas o escasamente atendidas en nuestro país. Pero este condi-

cionamiento, al que antes he aludido, no deberá ser tan determinante como para limitar excesivamente los contenidos que se pretendan dar en un programa de formación, que debe mantener las dosis necesarias de teoría y práctica en la medida que quiera conseguirse el reconocimiento de la terminología como disciplina científica.

De lo dicho se deduce que el principal problema con que nos encontramos en la actualidad es la propia formación del terminólogo. Formado el terminólogo hay ya el germen del "formador" en terminología. Y digo de propósito germen, no porque la persona que hasta ese momento haya trabajado en terminología no sea apta para transmitir el saber propio de este sector del conocimiento, sino porque no siempre estará dotado del conocimiento de nivel superior imprescindible para que esa transmisión del conocimiento se haga con las debidas garantías y no siempre poseerá los conocimientos teóricos y de metodología aplicada que están en la base de esa transmisión. Creo que no necesariamente están en el mismo plano del conocimiento un profesional que se dedica a los aspectos más prácticos, un teórico incipiente y un enseñante, y es importante diferenciarlo para saber qué nivel se quiere dar a los estudios de terminología en el futuro. Dado el momento en el que vivimos y pese a los esfuerzos realizados por Termcat, Termesp y Euskalterm, así como los esfuerzos individuales realizados por distintos profesionales, parece que hasta que no cambien radicalmente las circunstancias actuales, es de prever que este nivel y este conocimiento metodológico provengan más de los estudios que el terminólogo o el que trabaja en terminología haya realizado en la disciplina de origen, que de los estudios de terminología propiamente dichos. Más adelante, y con la importancia que se está dando en los planes de estudio de las Facultades de Traducción a la terminología, es probable que se produzca ese cambio, fundamentalmente si adquiere autonomía dentro de esos estudios, y el llamado "formador" de terminología se prepare como hoy se prepara el "formador" o, si se quiere, "profesor", que es la palabra acuñada para las áreas de conocimiento ya consolidadas.

Guadalupe Aguado de Cea

Departamento de Lingüística Aplicada a la Ciencia y Tecnología
Universidad Politécnica de Madrid

Bibliografía

- Boulanger, J. C. (1987) "Le formateur de terminologues: un globetrotteur" en Boulanger, J.C.; Reguigui, A. (eds., 1987) *Table ronde sur l'enseignement de la terminologie à l'Université: état de la question*. Quebec, Girsterm.
- Cabré, M. T. (1993) *La terminología. Teoría, metodología, aplicaciones*. Barcelona, Editorial Antártida/Empúries.
- Irazábal A. de. (1992) "La enseñanza de la terminología en lengua española", *Actas del Coloquio Iberoamericano sobre la enseñanza de la terminología*, Granada.
- Kromp, R. (1987) "Formation de terminologues et besoins de l'entreprise", Boulanger, J.-C. ; Reguigui, A. (eds., 1987) *Table ronde sur l'enseignement de la terminologie à l'Université: état de la question*. Quebec, Girsterm.
- Sager, J.C. (1990) *Curso práctico sobre el procesamiento de la terminología*. Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez.